Anuario El País, 1986.

Flamenco, una suerte de letargo

Yo diría que esto del cante, el toque y el baile pasó por 1985 sin despertar de su dulce letargo de los últimos años. Nada parece moverse, ningún sobresalto turba esta especie de paz augusta en que vegetamos.

Tanta placidez, sin embargo, me parece engañosa. Puede llevarnos a creer que todo está muy bien, cuando la realidad es que nos hemos instalado en la rutina y la conformidad. Y esto no es bueno. Un arte vivo no debe moverse en pautas tan trilladas que pueden llegar a aburrir.

Los festivales flamencos, por ejemplo, que son el motor principal del espectáculo *jondo*. En 1985 no fueron peores ni mejores que en años anteriores; más o menos fueron iguales, con los vicios que ya se están haciendo congénitos: *a)* excesiva duración: tras cinco, seis, siete horas de *jipíos*, al cuerpo de quienes quedan allí, que no serán muchos, le resta muy poca capacidad de aguante; *b)* la excesiva duración obliga a confeccionar carteles amplios, con gran número de artistas, lo que encarece el espectáculo, y aunque normalmente hoy los festivales son subvencionados por ayuntamientos u otros entes, no es bueno que los dineros públicos se gasten tan alegremente si puede hacerse con menos reduciendo el cartel; *c)* monotonía al repetirse constantemente los mismos nombres, sin dar entrada a artistas menos afortunados, y los que actúan prácticamente cada noche agravan el problema haciendo muchos de ellos siempre el mismo repertorio, empobreciendo flagrantemente el árbol de los cantes y la riqueza del espectáculo...

Se celebró la II Cumbre Flamenca, subvencionada por el Ministerio de Cultura, con mayor ámbito que en su primera edición de 1984, recorriendo Madrid y gran número de ciudades en el resto de España, además de varios países extranjeros, especialmente en Europa y América. Esta manifestación debe mantenerse, pues es una excelente oportunidad para ofrecer buenos espectáculos flamencos en circuitos a los que no alcanzan los festivales. Pero debe extremarse el rigor en la programación, pues, habiendo financiación pública, las razones comerciales deben ceder la prioridad a las puramente artísticas. Y en 1985, junto a aciertos indiscutibles, hubo *cosas* que jamás debieron subir al escenario de la cumbre y ausencias para las que no encontramos justificación alguna.

Lo más *vivo* del año 1985 flamenco me parece —y no quiero hacer una broma— la serie de espectáculos que bajo el título general de *Los últimos de la fiesta* recorrió diversas plazas andaluzas con artistas de la tercera edad. Diversos grupos nos permitieron asistir al arte, muchas veces ya olvidado y otras a punto de olvidarse, de artistas irrepetibles, como Tía Anica la Piriñaca, Tía Juana la del Pipa, Eduardo el de la Malena, Tía Marina Habichuela, Cobitos, etcétera. Lástima que las giras se programaran para Andalucía solamente: debió dárseles una amplitud mucho mayor.

Es preocupante que no salgan nuevos valores. En cante siguen cómodamente instalados los *indiscutibles* de hace bastantes años: Fosforito —a quien distinguió con el II Compás del Cante– Lebrijano, Camarón, Menese, El Cabr ro. Tras ellos se afirma un plantel de e celentes *cantaores*, algunos eminente como José de la Tomasa, Chaquetó Carmen Linares, José Mercé, Migu Vargas, Chano Lobato. Y tras ésto poca cosa, ningún valor con fuerza ver daderamente importante, lo que hace te mer bastante por el futuro a medio y lar go plazo.

En baile pasa algo parecido, puest que estamos asistiendo asimismo a un penuria realmente notable de nuevos va lores. La *Medea* del Ballet Nacional y *E amargo*, de Mario Maya, son quizá lo dos espectáculos de baile más dignos d señalar de ese año, así como las actua ciones personales de Matilde Coral, Rafael el Negro y El Farruco.

En el toque es donde parece que asisti mos a un mayor movimiento. Junto a los consagrados, excelentes, como Cepero Enrique de Melchor, los Habichuela, Tomatito, Riqueni, Manolo Franco, Postigo, el del Gastor, los Peña, etcétera, se afirman jóvenes valores que concitan las mayores esperanzas, como el cordobés José Antonio Rodríguez. Y permanecen, por supuesto, casi en solitario en el capítulo de concierto, Paco de Lucía y Manolo Sanlúcar.

Las casas discográficas siguen, en general, *alérgicas* a las grabaciones flamencas.

Ángel Álvarez Caballero